

Pablo Glez. de Langarika



Con Aita Villasante, en plena celebración de la X Korrika.

Balada de la luna roja

Un río corre delante de mis ojos.
Delante de mis ojos y tus ojos, mis manos tiemblan en sus límites de angustia.

En la garganta el hisopo, la voz sagrada de las tardes ciegas,
aciagos luces, fragmentos de fragmentos, cruces...

La sangre como un niño abandonado;
daños atroces en el caer del agua,... mensajes para náufragos quizás,
botellas en el mar, días atroces, años atroces.

Es claro que ya nunca nos veremos con la misma levedad. No todos los caminos conducen al lugar. He visto seres destrozados, buitres saciados en el subir del cáliz y un hedor fétido bruñido por la niebla.

Dices bien, ya nunca nos veremos en la dulce plenitud de las palabras, en la verdad de sus sílabas adscritas. La sangre, como un niño en su impotencia.

El río sigue, sigue delante de tus ojos, de mis ojos. No más hitos, mensajes, ceremonias. Ese que gira ya no es tu mundo, no es tu mundo, ni éste es tu prójimo. La sangre es otro niño y otro niño y otro niño... sin luz y sin lugar.

¿Qué nuevo engaño avalará el futuro?

No puedo/ conciliar el sueño/ porque no soy/ ningún profeta/ de palacio.

Los profetas del rey/ observan al Pueblo/ a través de un cristal hermoso/ desde el palacio.